

# SPAIN'S 1898 CRISIS

Regenerationism, modernism, post-colonialism



*Noticias de la guerra*

# Blanco y Negro

50 CENTS.

MADRID, 22 MAYO 1898

NUM. 1112

Edited by Joseph Hession and Alan Woods

# Spain's 1898 crisis

Regenerationism, modernism,  
post-colonialism

*edited by*  
Joseph Harrison  
*and* Alan Hoyle



**Cañada Blanch**

Manchester University Press  
Manchester and New York

distributed exclusively in the USA by St. Martin's Press

Copyright © Manchester University Press 2000

While copyright in the volume as a whole is vested in Manchester University Press, copyright in individual chapters belongs to their respective authors, and no chapter may be reproduced wholly or in part without the express permission in writing of both author and publishers.

*Published by Manchester University Press*  
Oxford Road, Manchester M13 9PL, UK  
and Room 400, 175 Fifth Avenue, New York, NY 10010, USA  
<http://www.man.ac.uk/mup>

*Distributed exclusively in the USA by*  
St. Martin's Press, Inc., 175 Fifth Avenue, New York, NY 10010, USA

*Distributed exclusively in Canada by*  
UBC Press, University of British Columbia, 2019 West Mall,  
Vancouver, BC, Canada V6T 1Z2

*British Library Cataloguing-in-Publication Data*  
A catalogue record for this book is available from the British Library

*Library of Congress Cataloguing-in-Publication Data applied for*

ISBN 0 7190 1862 7 *hardback*

First published 2000

07 06 05 04 03 02 01 00 10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Typeset in Adobe Garamond  
by Koinonia Ltd, Manchester

Printed in Great Britain  
by Bookcraft (Bath) Ltd, Midsomer Norton

## Contents

List of Contributors—vii

Acknowledgements—x

1	Introduction: the historical background to the crisis of 1898	1
	<i>Joseph Harrison</i>	
2	Introduction: the intellectual debate	9
	<i>Alan Hoyle</i>	

### I: Regenerationism

3	Tackling national decadence: economic regenerationism in Spain after the colonial débâcle	55
	<i>Joseph Harrison</i>	
4	Unamuno and the Restoration political project: a re-evaluation	68
	<i>Stephen G. H. Roberts</i>	
5	<i>Amor y pedagogía</i> : an object lesson in biography	81
	<i>Gordon Minter</i>	
6	Horrible children	91
	<i>Nicholas G. Round</i>	
7	Ramiro de Maeztu: <i>hispanidad</i> and the search for a surrogate imperialism	105
	<i>Alistair Hennessy</i>	

### II: Modernism

8	El '98' que nunca existió	121
	<i>Javier Blasco</i>	
9	Authority or authenticity? The battle of the cultures at the millennial crossroads	132
	<i>Alison Sinclair</i>	
10	The 'feminine element': <i>fin-de-siècle</i> Spain, modernity, and the woman writer	146
	<i>Susan Kirkpatrick</i>	
11	Deconstructing the binaries of <i>enfrentismo</i> : José-María Llanas Aguilaniedo's <i>Navegar pintoresco</i> and the finisecular novel	156
	<i>Richard A. Cardwell</i>	
12	Noventaiocho y novela: lo viejo y lo nuevo	170
	<i>Alex Longhurst</i>	
13	The function of landscape in Baroja's <i>La lucha por la vida</i>	181
	<i>Alan Hoyle</i>	

14	Constructing the 98: Pérez de Ayala's 1942 prologue to <i>Troteras y danzaderas</i>	John Macklin	195
15	La percepción sensorial y el texto modernista	Germán Gullón	205
16	Modernism and imperialism	Patricia McDermott	216

### III: Post-colonialism

17	One hundred years of solitude: 1898 and 1998 in the Cuban search for national identity	Antoni Kapcia	229
18	The Cuban War of Independence (1895–98) in West Indian literature	Emilio Jorge Rodríguez	242
19	El discurso femenino finisecular en Cuba: Aurelia del Castillo y otras voces en torno al 98	Mirta Yáñez	252
20	Popular and intellectual responses to 1898 in Puerto Rico	John D. Perivolaris	267
21	Rizal, the Philippines and 1898	C. W. Watson	279

## EL “98” QUE NUNCA EXISTIÓ

El “98” —eso que bajo la etiqueta de “**Generación del 98**”, con las correspondientes autorizaciones oficiales, todavía repiten los monografías— no existió, y no existió nunca. Lo diré de otra forma: los conceptos que han florecido a la sombra de la perversa etiqueta de “**Generación del 98**” no se corresponden con la historia de este país. Muy por el contrario, son conceptos creados por la historiografía. De manera que hoy nos hallamos ante la paradoja de que lo que, en la historia, nunca existió “de facto” constituye una verdad “in verba”, para la historiografía. En roman paladino, el “98”, que nunca existió, es tan sólo un invento de los historiadores (muy especialmente de los historiadores de la literatura).

Sobre las pautas de bien conocidos trabajos precedentes de Federico de Onís y de Juan Ramón Jiménez, ya en 1971 Ricardo Gullón<sup>1</sup> puso en evidencia —con argumentos convincentes— que lo de “**Generación del 98**” no fue nunca otra cosa que una construcción artificiosa de los historiadores (de algunos historiadores). Con mayor frecuencia de la que sería de desear, se olvida que una cosa es la vida y otra la historia; que la vida, sufrimiento o gozo, se nos impone en forma de sucesos, en tanto que la historia la fabricamos (a veces a la medida de nuestro interesado antojo). Escribir historia es, necesariamente, interpretar y hay interpretaciones que —con mayor o menor acierto— gravitan en torno a lo que ocurrió y otras, en cambio, que gravitan en torno a lo que el intérprete quiere creer (le interesa creer o pretende que los demás crean) que ocurrió. Son meras instrumentalizaciones de la historia “pro domo sua”. A este segundo tipo pertenece la “invención/falsificación” de la traída y llevada “**Generación del 98**”, de modo que esta etiqueta, que se ha querido pasar

por categoría histórica, en última instancia no es otra cosa que un útil “slogan” de propaganda política. No lo digo yo; lo afirma uno de los más conspicuos defensores del marbete, cuando quiere explicar la actitud que había presidido la redacción del libro de otro de los pioneros en la construcción del artefacto generacional tal y como éste ha pasado a los manuales. Así Díaz Plaja, refiriéndose al medular (en este tema) libro de Laín<sup>2</sup>, afirma: “La actitud [del historiador en cuestión, es decir Laín] estriba en su posición —digámoslo otra vez— *política* (en el más noble sentido de la palabra), que [...] le mueve a considerar el grupo que estudia [el del 98] en función —a veces profética— de determinadas posiciones posteriores de la vida colectiva de nuestra patria”. En otras palabras —lo dice Díaz Plaja; no lo digo yo— la insistencia de Laín Entralgo en la “invención” del 98 está determinada por la “posición política” del historiador<sup>3</sup>.

No dudo que a los especialistas actuales, el seguir insistiendo en esta cuestión podrá parecerles delectación morbosa en un debate teórico intrascendente; les podrá incluso parecer que este debate irrelevante afecta exclusivamente a una cuestión de etiquetas. Porque a mí no me lo parece así, vuelvo a poner sobre la mesa una cuestión que va mucho más allá de una discusión nominalista.

Las etiquetas que se manejan en las fechas del “desastre” son las de “modernismo”, “fin de siglo”, “gente nueva” o “gente joven”, pero no la de “Generación del 98”<sup>4</sup>. Este último marbete es una invención tardía de José Martínez Ruiz, cuando el autor de *Antonio Azorín* andaba necesitado de un “currículum” acorde a sus ambiciones políticas y de ubicación literaria. Pero esta es una historia suficientemente conocida y, por ello, no insistiré en la misma. Sí que diré que, si al

---

<sup>1</sup>.- “La invención del 98”, en *La invención del 98 y otros ensayos*, Madrid, Gredos, 1969.

<sup>2</sup>.- *La generación del 98* (1945), Madrid, Espasa, 1997.

<sup>3</sup>.- Guillermo Díaz Plaja, *Modernismo frente a Noventa y Ocho*, Madrid, Espasa-Calpe, 1979, pp. 101-102.

<sup>4</sup>.- El reciente —y espléndido— libro de José Luis Calvo Carilla, *La cara oculta del 98* (Madrid, Cátedra, 1998) hace evidente que esa polémica entre “gente vieja” y “gente joven” (en la que, por cierto, el papel de los luego llamados “noventayochistas” no fue muy honroso) es la que bibuja el espacio real de alumbramiento de la modernidad.

menos la etiqueta de **Generación del 98** —en cuanto tal etiqueta— gozara de algún rigor crítico y sirviera para algo, yo me daría por satisfecho. Pero me temo que tampoco este mérito puede concedérsele al marbete. Y no se le puede conceder, por las siguientes razones:

1- La validez del concepto mismo de generación es cuestionable, desde un punto de vista metodológico, por ser el resultado de aplicar a la historia de la cultura categorías que proceden de la biología y que difícilmente poseen capacidad para reflejar el hecho cultural. Pero hay más: una vez definida la teoría de la generación, los parámetros sobre los que se construye la misma se usan sin rigor alguno.

2- Como instrumento crítico de clasificación y de organización de los materiales que nombra es absolutamente inútil, no sirve para nombrar nada. En todo caso, alimenta la confusión. No hay dos alineaciones de la selección noventayochista que coincidan. El caso de Laín Entralgo, con Manuel Machado, es ejemplar de la falta de rigor con que se pretende cargar de contenido histórico el concepto de generación, concepto supuestamente científico.

3- El **98**, desde el punto de vista de la historia literaria es exactamente eso, una etiqueta; pero una etiqueta que tiene su propia historia, que yo mismo he trazado en otro lugar, y que no es ciertamente muy gloriosa, plagada como está de implicaciones propagandísticas de un imperialismo fascistoide que se hace transparente, por ejemplo, en el sexismo. Esta etiqueta es fruto de una revisión crítica del fin de siglo interesada y muy poco rigurosa. Luego, *a posteriori*, para cargar de contenido la supuesta "generación del 98", se inventa un fin de siglo arbitrario y falso. Basta con examinar las fuentes sobre las que se sustenta (Spengler, Maurras, Chamberlaine...) o basta recordar las dependencias político-propagandistas de quienes protagonizan esa falsificación de la historia que se ha consolidado con el nombre de "generación del 98". De nuevo, habría que citar en este punto a Laín Entralgo, pero prefiero no perderme en pequeñeces.



4- Esta etiqueta proyecta sobre la literatura española del fin de siglo una luz mezquina y localista, que no es la que mejor la refleja y que parcela nuestra historia y la minimiza irracionalmente a las “esencias de la raza”. Esta etiqueta supone un considerable impedimento para una lectura de nuestra literatura finisecular desde las claves supranacionalistas que realmente le corresponden. Desde luego, no se puede concebir la literatura del fin de siglo en los estrechos márgenes del pretendido españolismo noventayochista sin empobrecerla y sin renunciar a generalidades caracterizadoras con mucha frecuencia tautológicas.

\*\*\*

Veámos, ahora, algunos de los contenidos sobre los que se ha fraguado la invención de esa “**generación del 98**”, que nunca existió. Para ello dejaré ahora de lado los argumentos 1 y 2, y me centraré exclusivamente en los dos siguientes. Comencemos por examinar el españolismo —o, si se quiere, la “sensibilidad frente a las cosas de España”— que, por encima de cualquier otra característica, personaliza a la presunta “**generación del 98**”, según todos los defensores del marbete. Varios puntos, en este sentido, se repiten miméticamente de monografía en monografía:

1. **La importancia del desastre**, que se cifra en el “dolorido sentir” por lo que la pérdida de las colonias significa, en cuanto emblema final del hastío que la sociedad de la Restauración les producía. Es el propio Azorín, en el mismo trabajo en que se “inventa” la etiqueta en cuestión, quien afirma: “la generación de 1898 se ha iniciado en la vida intelectual teniendo ante su vista un espectáculo tremendo: el Desastre”. Y, después, repiten lo mismo Laín, Díaz Plaja y toda la caterva de corifeos del “noventayochismo”.

2. **El coincidente interés de todos los miembros de la generación por la historia de España y, muy particularmente, por la identificación en la historia de conceptos simpáticos para cierta historiografía, como son el de “genio de la raza”, el de las “esencias nacionales”**: empeñado en demostrar el amor de sus

“noventayochistas” a España, Laín Entralgo escribe cosas como la que sigue, que espigo entre un centenar largo de perlas de idéntica categoría que puede sin esfuerzo recolectar cualquier lector del ilustre libro: “Todos ellos aman a España y a su cultivada condición de españoles. No en vano nacieron todos en el siglo inventor y exaltador del patriotismo nacional... España, siempre España en el centro del corazón [de los noventayochistas]...”<sup>5</sup>. “No menos patente y constante es la preocupación española en la obra lírica de Antonio Machado. Su patriotismo es también —como el de Unamuno, Azorín y Baroja— un patriotismo ‘de desear’...”<sup>6</sup>. “Más perceptible es aún, si cabe, la constante afección a España en la obra de Ganivet y de Maeztu”<sup>7</sup>. En definitiva todos los “noventayochistas” son —a diferencia de los extranjerizantes modernistas— ejemplares patriotas y todos están comprometidos con la idea de la España Eterna: “No quedan ahí las coincidencias — prosigue Laín Entralgo. La idea unamuniana de una ‘casta íntima y eterna’ de España, distinta de nuestra ‘casta histórica o castiza’ y subyacente a ella, equivale a la entidad virginal que Ganivet adivina o inventa en la entraña misma de historia de España; la ‘casta’ de que habla el vasco es, en fin de cuentas, lo mismo que el granadino, falto de una palabra plenamente satisfactoria, va nombrando con términos vagos y sinónimos: ‘personalidad nacional’, ‘genio’, ‘idea nacional’, ‘ideal de la raza’...”<sup>8</sup>. Creo que el muestrario de citas es suficiente.

**3. La imagen soñada de España que la “generación del 98” erige sobre la realidad, dando nueva vida a una serie de mitos que emblematican la “España eterna” y que la proyectan hacia el futuro.** Para Laín Entralgo, el principal logro de los hombres de la que él llama “**generación del 98**” consistió en una “España

---

<sup>5</sup> . *La generación de 98* , op. Cit., pp. 185-186. Véase el texto que cita Laín en esta página como ejemplo de amor de Unamuno a las glorias militares del pasado de España y compárese, por ejemplo, con los textos de *Vida Nueva*, del mismo Unamuno, contra el militarismo.

<sup>6</sup> .- *Ibidem*, p. 189.

<sup>7</sup> .- *Ibidem*, p. 190.

<sup>8</sup> .- *Ibidem*, p. 245.

soñada” cuya función sería doble: dinamizar el presente con los mitos del pasado y empujar este mismo presente hacia un futuro mejor. Escuchemos de nuevo a Laín Entralgo: “En el orden de la creación intelectual, y con criterio ortodoxamente católico, es Menéndez Pelayo el primer soñador de esa España. Luego vienen los hombres del 98, y ellos amplían el ámbito del ensueño a todas las actividades en que se distiende íntima y socialmente la existencia del hombre: la creación artística, el pensamiento, el idioma, la ciencia, la convivencia social. Más tarde vendrán y vendremos otros. Cada uno interpretarea a su modo los mitos recién creados. Sobre el alma de todos, sépanlo o no lo sepan, gravitará el peso, dulce y desazonadamente a la vez, del ensueño que inventó en el filo de los siglos XIX y XX una parva gavilla de españoles egregios”<sup>9</sup>.

Frente a estos argumentos y frente a los textos que la historiografía noventayochista —manipulados en muchos casos— maneja, me gustaría extender ante los ojos del lector un abanico de referencias que, aunque no niegan el “españolismo” de los llamados noventayochistas (ni mucho menos), sí que sirven para poner en evidencia que este “españolismo” es de índole muy diferente al que Laín sirve y propugna. Tomemos como ejemplo el caso de Cuba, tan relevante —según el parecer de la mayoría de los historiadores del momento— para la definición de ese grupo de patriotas que parece que fue “98”, y revisemos a su luz el “patriotismo” noventayochista. El año mismo del Desastre, don Miguel de Unamuno no situaba al enemigo ni en Cuba, ni en los barcos *yankees*, sino en las filas del propio ejército, en el origen mismo de la idea de lo militar: “Lo que hace falta es combatir sin tregua la institución militar misma —escribía en las páginas de la revista *Vida Nueva*—, convencido con intachable lógica de que la guerra es siempre— el fenómeno social inconsciente por excelencia, puesto que acaba siempre por donde

---

<sup>9</sup>.- *Ibidem*, p. 492.

debiera comenzar”<sup>10</sup>. Y pocos años más tarde, pasado ya el “fragor de la batalla”, en carta privada, sigue opinando: “pienso seriamente en hacer que mis hijos se ausenten de España antes que entrar en quinta, y si se estableciera el servicio militar obligatorio, los haría salir. No quiero que se corrompan en un cuartel, ni aunque sólo paren en él un mes”<sup>11</sup>. Pero no vayan a creer que el caso de Unamuno es único entre los “patriotas” noventayochistas. El responsable primero de la acuñación del marbete, José Martínez Ruíz alias “Azorín”, que en 1908 anda ya intentando definir a la suya como una “generación nacida intelectualmente a raíz del desaste, patriota sin patriotería”<sup>12</sup>, opinaba así en 1897 acerca de la patria:

¿Qué es la patria? No es la comunidad de intereses, que no la hay ni puede haberla donde proteccionistas luchan contra libre cambistas; donde el agricultor batalla contra el industrial; no es la comunidad de lengua, que no la hay en naciones donde existen vivos dos o tres idiomas, como existe en España el catalán y el vascuence y el castellano; no es la comunidad de raza, ni la comunidad de tradiciones —¿qué hay entre nosotros de común, entre el pasado de un catalán y el de un andaluz?—, no es nada de eso.

La patria es un *prejuicio*, pedir su engrandecimiento es pedir la decadencia de otros pueblos, es limitar la esfera de la solidaridad, es ver en el extranjero, como los romanos veían, el enemigo. «La patria —ha dicho un eminente pensador— es el último refugio de los bandidos». Se sostiene por la fuerza y de la fuerza vive<sup>13</sup>.

Y lo mismo podemos decir de Baroja, que sin ningún pudor, en *Juventud, egolatría* nos cuenta la poco edificante y heroica anécdota que sigue:

«—Yo no soy soldado—me había dicho a mí mismo—. Si se empeñan, me escaparé». Conté a Romanones vivamente lo que me pasaba. El secretario me replicó.

---

<sup>10</sup> . “Renovación”, *Vida Nueva*, 8 (1898), 1. Véase, respecto al patriotismo de Unamuno, Carlos Serrano, “Unamuno anti-patriote. Crise coloniale et modernité 1895-1898”, en *Cahiers du C. R. I. A. R.*, 5, 1985, 123-141.

<sup>11</sup> . Carta a Múgica del 28 de octubre de 1904, en *Cartas inéditas*, ed. de Sergio Fernández Larrain, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1961.

<sup>12</sup> . *El Faro*, 23 de febrero de 1908.

<sup>13</sup> . “Crónica”, *El país*, 7 de febrero de 1907.

—«Este joven tiene razón» —dijo el conde—. «Que traigan la lista de los quintos».

Trajeron la lista de los quintos. Romanones cogió la pluma y borró completamente mi nombre. Luego, sonriendo, me dijo:

—«¿No quiere usted ser soldado?»

—«No, señor».

—«¿Qué es usted, estudiante?»

—«Sí, señor».

—«¿De qué?»

—«De Medicina».

—«Bueno, bueno. Está bien. Váyase usted».

Yo estaba dispuesto a todo menos a ser soldado de cuartel, de rancho y de procesiones<sup>14</sup>.

Desde luego, parece claro que al filo de 1898 ninguno de los egregios representantes de eso que se ha llamado “**Generación del 98**” sospechaba siquiera la relevancia de ese año, 1898, al que la historiografía posterior iba a vincular su “dolorido sentir de España y de lo español”. Como muy bien ha visto José Luis Calvo Carilla, en el más importante libro que sobre la literatura del momento se ha publicado recientemente, los del noventay ocho ante la piedra de choque de lo de Cuba, “simplemente se acogieron a la cuota que eximía del servicio militar obligatorio o, como Baroja, escurrieron el bulto, en un lance digno de la más clásica picaresca nacional”<sup>15</sup>. Como no podía ser de otro modo, la literatura refleja, sin duda, la preocupación de los jóvenes escritores por los sucesos de Cuba. Pero conviene, en este último punto, hacer una advertencia que —a estas alturas— debería ser ya innecesaria: la guerra de Cuba y sus secuelas político-ideológicas en absoluto permiten explicar la literatura

---

<sup>14</sup> .- Cfr. Luis Calvo Carilla, *La cara oculta del 98*, op. cit., p. 232.

<sup>15</sup> . *Ibidem*, p. 233.

del momento, ni siquiera permiten explicar la literatura que de manera más explícita se ocupa de este asunto concreto. Como analiza Jover Zamora, en otro libro reciente sobre el momento, las secuelas hispanas de la guerra de Cuba sólo se entienden correctamente, si se las contempla en el “horizonte europeo” de la aparición de una “nueva sensibilidad”<sup>16</sup>. Y es que casi toda Europa vivió su Cuba particular.

De acuerdo con el otro de los pilares sobre los que la historiografía del noventayochismo ha levantado la vinculación de los Unamuno, Baroja, Azorín o Maeztu con el “dolorido sentir de España”, la obra de estos autores —y la del resto de compañeros de viaje— habría desempeñado un papel importantísimo en la revisión de la tradición y en la actualización de los grandes mitos —los ensueños—, en los que se reconoce la España auténtica desde principios de siglo. Así lo afirman con rotundidad textos de Laín Entralgo que ya se han citado anteriormente y que caminan en la misma dirección del que sigue:

Maeztu —escribe Laín en esa magna superchería que es la totalidad de su libro—, soñador como sus camaradas, ha imaginado el español del futuro con el nombre de “caballero de la hispanidad”. Su misión en el mundo sería dar remate a la obra inacabada de la España clásica”<sup>17</sup>.

Y, para apoyar su afirmación, cita el siguiente texto del autor de *Hacia otra España*:

¿Cómo surgirá la verdadera España? ...No nos queda más que uno solo [camino] por probar: el nuestro. Tómense las esencias de los siglos XVI y XVII: su mística, su religión, su moral, su derecho, su política, su arte, su función civilizadora. Nos mostrarán una obra a medio hacer, una misión inacabada<sup>18</sup>.

Tanto el texto de Maeztu como el comentario de Laín hablan por sí solos, pero a pesar de ello permítanme todavía un comentario: al hacer a los del noventayocho

---

<sup>16</sup>. En *Visperas del 98*, ed. Juan Pablo Fusi, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, p. 22 y ss.

<sup>17</sup>. *La generación del 98*, Madrid, Espasa, 1997, p. 437.

responsables de la recuperación de todos esos mitos culturales a través de los cuales su España, la de 1945, recupera el hilo roto con la España del pasado, Laín no es ni siquiera original. Ya en 1912 Azorín había abierto esa puerta, al inventarse la etiqueta del “98”. En efecto, es el autor de *La voluntad*, en uno de los textos fundacionales de su inventada generación, el que primero se pone a marcar el paso:

la generación de 1898 ama los viejos pueblos y el paisaje; intenta resucitar los poetas primitivos (Berceo, Juan Ruiz, Santillana); da aire al fervor por El Greco, ya iniciado en Cataluña (...); rehabilita a Góngora (...); se declare romántica en el banquete ofrecido a Pío Baroja, con motivo de su novela *Camino de perfección*; siente entusiasmo por Larra, y (...) se esfuerza, en fin, en acercarse a la realidad y en desarticular el idioma, en agudizarlo, en aportar a él viejas palabras, plásticas palabras, con objeto de aprisionar menuda y fuertemente esa realidad.

Las objeciones que pueden hacerse tanto a Azorín como a Laín Entralgo, son muchas y de diverso signo: por ejemplo, es rigurosamente falso que sea el llamado “98” el que redescubre al Greco o a Góngora<sup>19</sup>; como es rigurosamente falso que el camino hacia el que apunta la literatura del fin de siglo —incluyendo en ella, por supuesto, a los miembros del 98— no puede decirse precisamente que sea el de la recuperación de lo “nuestro”, un camino que durante los siglos XVIII y XIX se había “corrompido por la extranjerización de España”. Sin negar el cariño y la solvencia con el que Unamuno o Azorín —pero también Darío, también Juan Ramón, también Manuel Machado, también Valle Inclán...— miran hacia la literatura española precedente, lo verdaderamente caracterizador de estos autores es su “modernidad” y su radical apuesta por lo europeo, hasta extremos incomparables

---

<sup>18</sup> . Cfr. P. Laín Entralgo, *La generación del 98*, op. cit., p. 437

<sup>19</sup> .- Véanse, a este respecto, las excelentes páginas de José Luis Calvo Carilla, *Op. Cit.*, pp. 285-312. En realidad, no deja de ser una ironía significativa el hecho de que sean los “extranjeros” quienes nos descubren gran parte de los “mitos” que la historiografía noventayochista identifica con el 98.

con ningún otro momento de la historia de nuestra literatura. Esto lo supo ver incluso Azorín, que, a pesar de su “invención”, no olvida reflejar en el “currículum” que dibuja para su generación, el mérito de “la curiosidad mental por lo extranjero”. De verdad que resulta insultante para cualquier persona medianamente informada que, en una burda tergiversación de la historia, se quiera convertir en unos tradicionalistas a aquellos que se definían a sí mismos como “iconoclastas”<sup>20</sup>. Mayor razón, desde luego, tenía Leopoldo Alás, cuando al filo del 98 los caracterizaba por su “falta de respeto a la la tradición artística y a la autoridad estética”.

Recapitulando lo dicho hasta aquí, creo que, en la obra de los autores que habitualmente figuran en las alineaciones del 98, ni el “patriotismo”, ni el “dolorido sentimiento de España”, ni la conciencia del Desastre, constituyen conceptos que puedan interpretarse en la dimensión unilateral en que nos exige que los leamos la historiografía noventayochista. Por ejemplo, ¿cómo engranar en ese proyecto de “España eterna”, que según algunos pone en marcha la **generación del 98**, la admiración desplegada por Martínez Ruin en sus *Notas sociales* (1893) —y en tanto y tantos otros lugares que podrían traerse aquí— hacia esos extranjerizantes “discípulos de Nietzsche, de Stiner, de Bakunin, [que] practican la crítica áspera, despiadada, inflexible, de sus maestros, y minan alegremente los cimientos de la vida moral y de la sociedad”<sup>21</sup>. ¿Cómo integrar en ese espíritu constructivo, que quiere verse en el 98, el oficio de “lavativo” que Ganivet reclama para sí?:

Si yo expusiera mis ideas con claridad, me meterían en la cárcel y, lo que es peor, me tomarían por un «elemento disolvente», por un agitador o demagogo o dinamitero científico. Nada de esto entra en mi propósito, aunque si creo que hace falta en España levadura fresca y que alguien ha de llevarla. Nada más

---

<sup>20</sup> . Azorín en “Somos iconoclastas”, *Alma española*, II, 10 (1904), pp. 15-16.

<sup>21</sup> . *Notas sociales*, en *Obras completas*, I, p. 194.



ingrate que el oficio de lavativo, y sin embargo en los atasques trascendentales en que la lavativa está indicada, un lavativo es un hombre necesano. Yo he querido ser ese hombre<sup>22</sup>.

Unamuno tampoco estaba muy lejos de las tan excasamente “castizas” veleidades que revelan los textos anteriormente citados, cuando se declara estudioso del “anarquismo trascendental, filosófico o antidinamitero... de Stirner, Nietzsche, Bruno Wille y compañía” o cuando razona su admiración por los místicos castellanos, porque ellos fueron hombres “hostiles a la ley exterior y escrita y adeptos de la interior e inmanente”... como los modernos anarquistas<sup>23</sup>.

Pero ¿qué razones pudieron animar la invención de ese **98** que nunca existió?. Permítanme la lectura de dos textos y sobre esa lectura extraigan ustedes sus propias conclusiones. Dice el primero

Quiso don Marcelino—en su mocedad sobre todo—que los nacidos en España volviesen a ser españoles genuinos ¿Cómo? Ya conocemos su receta: desempolvando los libros de nuestra gran época e impregnándonos del espíritu que en ellos late. El interiorismo de Menéndez Pelayo postula una reconquista de nuestro espíritu, corrompido por la extranjerización de España en los siglos XVIII y XIX, mediante el recuerdo de nuestras olvidadas creaciones intelectuales y artísticas. Quiere Menéndez Pelayo, en suma, que los españoles se metan en sí mismos por la vía de su propia historia.

Más o menos deliberadamente, en esta línea se sitúan los jóvenes del 98. Todos ellos van a ser interioristas, cada uno a su modo. Pero el interiorismo de la generación del 98, su tendencia a buscar la autenticidad de España dentro de España misma, tendrá un matiz original...

---

<sup>22</sup> . Cfr. José Luis Calvo Carilla, *op. Cit.*, pp. 217-218.

De sus primeros escritos proclamó Unamuno la consigna interiorista... A través del pueblo y no de la nación, de la intrahistoria y no de la historia, pretende Unamuno llegar a la verdadera intimidad de España... El método de que se vale Unamuno para descender a la intimidad genuina de España consiste en estudiar amorosa y poéticamente los tres elementos de nuestra verdadera peculiaridad: el paisaje, el paisanaje y las creaciones no intelectuales de nuestro espíritu. La vivencia del paisaje español se convierte así en un imperativo patriótico; la contemplación de la tierra se trueca en «lección de patriotismo», según expresión del propio Unamuno en *Andanzas y visiones españolas*... Del paisanaje estudia la costumbre y, sobre todo, el lenguaje vivo...<sup>24</sup>

Este texto pertenece —ustedes ya lo han deducido— al libro *La generación del 98*, que constituye la piedra angular en la construcción historiográfica de ese “98, que nunca existió”. Lean ahora el segundo:

Ni liberales ni absolutistas supieron expresar la España auténtica, difícil. El tono español —dignidad, contención, Imperio— estuvo mucho tiempo ausente del mundo... Sólo el pueblo español, en sus campos, guardaba oscuramente la continuidad de España. En esta noche, Menéndez Pelayo fue claridad del amanecer de España. De España, que vivió el fin de su Imperio en un ocaso de un siglo (1809-1898), casi sin sentirlo, sin llorar, sin conciencia de lo que pasaba. Porque España hacía mucho tiempo ya que no sabía qué hacer con su Imperio.

De la España del 98 acá, de la España que ha sentido la pérdida de su Imperio, venimos nosotros, los que nos queremos arraigados en todo lo antiguo y provistos de toda la crítica nueva; los que buscamos no la España de

---

<sup>23</sup> . Carta desde Salamanca a Pedro Múgica, 3-V-1896, en *Cartas inéditas de Miguel Unamuno*, ed. cit., pág. 240.

ayer, ni tampoco la de anteaer, sino la España eterna, la que en la sangre del pueblo español nunca ha renunciado al yugo y las flechas de su Imperio; la que, como la escultura de Miguel Angel, ha sabido dormir... y despertar ahora, para los días ásperos y difíciles del Imperio.

El estilo es diferente, sin duda; pero las coincidencias, tanto de pensamiento como de expresión, son evidentes entre ambos textos: en los dos se niega el liberalismo de los siglos XVIII y XIX; en los dos se vincula a Marcelino Menéndez Pelayo con el **98**, como responsables de una empresa que tiene por objeto la exaltación de la “España eterna”; en ambos, en fin, se apela al “pueblo español” como depositario de la “verdadera intimidad de España”. El segundo texto pertenece a la pluma de Antonio Tovar y aparece en un libro de propaganda falangista que lleva por título *El Imperio de España*<sup>25</sup> y que en una frase de José Antonio, que figura como lema al frente del libro de Tovar, resume toda la filosofía que preside la invención del 98: “nuestro régimen será un régimen nacional del todo, empalmado con la España exacta, difícil y eterna que esconde la vena de la verdadera tradición española”. El libro de Tovar es muy explícito y me libera ahora a mí de extenderme sobre el tema de la “intencionalidad” que anima esa superchería que conocemos como “**generación del 98**”. A renglón seguido del fragmento anterior, prosigue Tovar:

Nuestra generación obedecerá al secreto mandato de España, místicamente, en atento escuchar sus latidos íntimos, en abandono al difícil destino, en servicio de su fuerza, como brazo de su poder. Que sólo a pocos les es dado sentir y ver con claridad el futuro destino de España.

Ya sobre él insinúa algo que la nueva Catolicidad está a punto de cubrir, con el fascismo italiano, el nacionalismo alemán y el nuevo Estado en España y Portugal, el suelo todo del Imperio de Carlos V. En el cual supo España

---

<sup>24</sup> . Pedro Laín Entralgo, *op. cit.*, p. 372-374.

<sup>25</sup> . Madrid, Afrodísio Aguado, 1941, p. 75.

tomar su puesto. Como sabrá tomarle ahora de nuevo en el mundo de hoy. Nuestra revolución se encarga de ello<sup>26</sup>.

Pero no quiero ser duro. Prefiero pensar que cada tiempo tiene sus condicionantes y que no siempre es fácil escapar de los mismos. Pero hay una cosa que, como estudioso del fin de siglo, sí que me preocupa. Hoy, lejos ya de aquellas fechas en que la etiqueta inventada por Azorín se carga de contenidos, quizás lo más preocupante sea el hecho de que, al abrigo de la etiqueta de “**Generación del 98**”, se ha levantado una fachada mezquina y localista, que irracionalmente parcela la historia de nuestro fin de siglo y la minimiza, además de falsificarla. Esta etiqueta, sin duda, ha constituido un considerable impedimento para una lectura de nuestra literatura finisecular desde las claves supranacionalistas que realmente le corresponden. Desde luego, no se puede concebir la literatura del fin de siglo en los estrechos márgenes del pretendido españolismo noventayochista sin empobrecerla y sin renunciar a generalidades caracterizadoras con mucha frecuencia tautológicas.

Y es la recuperación de este “horizonte europeo” una de las más significativas aportaciones de la bibliografía última. Cuando se leen los textos en que se gestó la invención de la **Generación del 98**, a uno le queda la impresión de que nuestros noventayochistas escribían desde Zambia (o, al menos, desde las Batuecas), tal es la obsesión de estos “famosos inventores” por hacer de la literatura de nuestro fin de siglo un producto único y excepcional, un producto a parte de todo lo que, por las mismas fechas, desde Moscú a Lisboa, se estaba haciendo en el resto de Europa. Según tales inventores, nuestros “noventayochistas” benditamente diferentes, incontaminados de la péfida epidemia decadentista que inficionaba al resto de literaturas de los países no “elegidos” de allende los Pirineos, supieron salvar las “esencias nacionales” y, sin caer en los afeminamientos ni en las veleidades indias de los modernistas, mantuvieron el “genio de la raza” listo para afrontar de nuevo la

---

<sup>26</sup> . *Ibidem*, pp. 75-76.

honrosa tarea de reconstruir el “imperio” a noventayochazos<sup>27</sup>. Claro que, en el fin de siglo, nada ocurrió de esta manera.

Al quitarle al “98” (que sí que existió) el corsé de la generación (que no existió, al menos como se nos ha contado) y al animar a los lectores a mirar más allá del “nacionalismo” desde el que se había acuñado la etiqueta, Gullón abrió la lectura del fin de siglo a un panorama que no podía reducirse ya a la virilidad de nuestros escritores, al españolismo de los mismos, a su amor al paisaje, etc. Y dejó ver en toda su riqueza un universo en plena transformación: lo tecnológico (el agua corriente a domicilio, la telefonía sin hilos, la luz eléctrica, el cinematógrafo, el tren, el aeroplano, el dirigible, etc.), lo social (el desarrollo de la prensa y de las revistas ilustradas, el mejor acceso a los viajes, los más frecuentes contactos de nuestros intelectuales con Europa), lo laboral (los movimientos obreros, la emergencia del proletariado, la organización de la burguesía y su apuesta por ocupar el poder, etc.), lo religioso (el modernismo teológico), lo científico (Einstein, Freud), lo político (la lucha por el sufragio universal, el anarquismo, etc.), dibujan un panorama general de crisis de valores, que desborda con mucho los límites carpetovetónicos de esa caricatura gedeónica —terriblemente injusta y discriminadora— que los defensores del marbete “**generación del 98**” han interpuesto entre los intelectuales y escritores del pasado fin de siglo y los lectores actuales. Con razón Andrés Trapiello, en un libro muy estimulante, afirma que “si los regeneracionistas de aquel 98 trataron de abrir España a Nietzsche, Ibsen o Pirandello”, a nosotros los de este otro 98 nos toca “abrírsela, oh paradoja, a sus propios Unamuno, JRJ, Azorín o Baroja”<sup>28</sup>.

---

<sup>27</sup> . En la misma línea, pero más equilibrado ideológicamente y con una documentación menos sectaria, se halla el reciente libro de Ciriaco Morón Arroyo, *El “alma de España”*, Oviedo, Ediciones Nobel, 1996.

<sup>28</sup> .- *Los nietos del Cid*, Barcelona, Planeta, 1997, p. 13.